



AUTOPSIA

POR • ANDRÉS • HUR-
TADO • DE
MICINA



PLIEGO
AÑO • MMIX

Andrés Hurtado de Micina

AUTOPSIA



Editorial Labrys
Pliego 2009

Autor: Andrés Hurtado de Micina

Edita: Editorial Labrys. C/ Juan Belmonte 12, 30176 Pliego

Licencia:



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.

DEL JUBILADO DON DAVID LÓPEZ GARCÍA
QUE FUE PROFESOR DE LITERATURA

AL DOCTOR DON ANDRÉS HURTADO DE MICINA
POR SU LIBRO *AUTOPSIA*

REMEDIOS PARA EL OCASO

un huracán de plumas.
Antonio Colinas

Palidece el cielo y parece todo
que se desmoronará en un instante,
que su punto final pondrá la tarde
a cuanta empresa forjase la vida.
Vendrá la noche, sí. ¿Y al otro lado
nos llevará la barca?, ¿y el olvido
cubrirá con su manto cruel y aleve
esta fragilidad de nuestros hombros?
¿Acaso no seremos?, ¿y la máquina
ha de detenerse que el aire aspira?,
¿cerrarse los ojos?, ¿sellar la boca?...
Dicen que en el jardín todo es eterno.
Riega tu corazón por que florezca,
por que sea rosa, huracán de plumas.

APOCALIPSIS

SERÍA, al principio, una corazonada. Mientras el mundo anunciase el advenimiento de la Gran Ramera, tú percibirías una tonalidad hueca en los últimos amaneceres, como de profundo vacío. Por mucho que el indignado locutor radiofónico proclamara el fin de los días, una extraña calma interior te haría dudar de tu habilidad para advertir el peligro que todos ya habrían dado por seguro.

Luego, quizá antes de comer, recibirías la noticia de que las bolsas habían vuelto a hundirse en Europa, de que el número de compatriotas subvencionados había crecido, de que el cadáver comenzaba a heder. Un telediario, una llamada telefónica, la web de uno de esos

economistas que suelen escribir desde Patmos te pondrían al corriente de que se había avistado, en el horizonte, el galope furioso de los cuatro jinetes dirigiéndose hacia España. Y sin embargo tú, a pesar del denodado esfuerzo, serías incapaz de sentirte subyugado por el pánico de esta nueva entropía del progreso.

La corazonada, entonces, no tardaría en tornarse evidencia. Bastaría que detuvieras el paso, que alzases, al atardecer, la mirada y reparases en la bandada de pájaros que ha quedado inmóvil, como congelada, sobre los árboles. Y bastaría, después, que cerrases los ojos y que -ahora sí sería el momento oportuno- hicieras memoria, repasaras minuciosamente los breves datos que recopilaste en años anteriores, tratases de extraer las primeras conclusiones valientes de tu vida. No hay que preocuparse, te dirías, esto no es nuevo para mí. Y escucharías de pronto la voz de los antepasados. Y te susurrarían, con el baladro transparente de los muertos, que España, como siempre ha hecho, sobrevivirá sin duda a este reiterado apocalipsis. Mientras las demás naciones inventaban esa razón capaz de discernir entre la vigilia y el ensueño, al tiempo que glorificaban el trabajo y las obras de esta vida, ella, desde su Torre de Juan Abad, permaneció expectante, abrazando el silencio de la esfinge. Reconocerías que en este abismo ante el que se encuentran los demás ha vivido siempre España,

que el vértigo ha forjado su carácter y que de él sólo ha podido extraer la enseñanza de una sonrisa sardónica y, sobre todo, de un “todo es mentira”.

Abrirías luego los ojos y observarías, sobre la bandada suspendida, que al fin el cielo deja asomar un trozo de polea mientras su azul se va replegando lentamente, que el horizonte se arrebuja y descuelga el bastidor del mundo. Y que tras él nunca ha habido nada.

JARDINES

TRAS un invierno de siglos, el agua comienza a fluir en bulliciosos riachuelos. Sobre un remanso, el álabe de un sauce expande delicadamente ondas fugaces hasta una ribera. El ulular de las ramas heladas deja paso a la algarabía de las aves. El hombre se desnuda, cierra los ojos dispuesto a dar gracias a la Madre Tierra y guarda en su interior todo lo que la mirada ha ido recopilando. Infancia, Paraíso. He aquí al primer artista.

Transcurre el agua de los siglos, remonta rocas que son como bestias ensimismadas, se desboca en los abismos, se remansa lamiendo riberas umbrosas. Los hielos comienzan a gemir, y gimen también las nubes y los astros.

Sobre un nuevo paisaje se erigen hombres nuevos que, conscientes de que la búsqueda es en vano, deciden recrear, con su trabajo, aquel oasis del origen. «*Pulchrum visu et ad vescendum suave*». Edén, Uttarakuru, Airyana Vaêjo, nostalgia. He aquí el primer jardín.

Dioses, guerras, imperios se precipitan después como torrentes. Todo es luz, ruido, intemperie. El viaje ha cambiado el mundo y la nostalgia es condición de belleza. La búsqueda anhela la soledad, el ensimismamiento. Los hombres cercan sus jardines, los ocultan, pues la intimidad requiere ojos avisados. El huerto de Alcínoo, Villa Adrianea, Bomarzo. He aquí el primer secreto.

Sin embargo, al final, surges tú, que dices estar vivo y emulas la opinión, la voluntad, el temor, el recelo de los hombres. Sociedad, comienzan a llamarte, público, pueblo, masa. En ti todo es humano menos la capacidad de regresar, pues tu mirada ha de apuntar siempre hacia el futuro. No buscas la belleza, ni siquiera la utilidad, sino el simulacro. No concibes el placer estético, la satisfacción de la intimidad sin la norma de lo comunitario. Césped, bancos, estanques de cemento. He aquí la primera zona verde.

HUMANIORA

a Pepe Perona, in memoriam

AL amanecer, como si se tratase de un telón jironado, la isla aparece entre la bruma. La fuente Aretusa, oculta entre las zarzas y rodeada aún por el halo difuso de la calima, la peña del Cuervo, donde la oscura roca extiende sus agujas hacia el caminante, el bosque de gigantescas encinas, consagrado hasta no hace mucho tiempo a la Gran Madre, y, en cada recodo, en cada abertura del paisaje, como un decorado que es a la vez promesa y amenaza, el mar manso o encrespado, matizando a lo lejos el bronce de la tierra. Caminas despacio. Has decidido, como secreto homenaje a ti mismo, volver antes a la gruta de las náyades embutido en el mismo jubón de años

atrás.

Llegas al puerto de Forcis con el sol alto en el horizonte y te detienes un instante a contemplar el trabajo de los marineros. Ves naves fenicias, tartesas, cretenses, egipcias, todas ellas engalanadas -así te parece- con la brea que ha combatido olas de extraños mares. Absorto por el olor del pescado y de la sal, por la planicie azul de antiguos viajes, por el recuerdo de los amigos que te acompañaron, diriges tus pasos hacia la gruta, más allá del puerto, todavía bajo la sombra del olivo que cierra el sendero con sus raíces retorcidas. Entrás abriendo bien los ojos y mirando a todas partes, con cuidado de no meter los pies en el pequeño arroyo que brota de las paredes. En un rincón de la cueva, no sin esfuerzo -y te sonríes al percartarte de que ahora te cueste tanto hacerlo-, levantas la roca que oculta los tesoros de Alcínoo, y allí, sentado sobre la blanda arcilla, haces recuento minucioso de los ricos vestidos, de las joyas de todos los colores, del oro y de las calderas con sus trébedes.

Nadie acude a despedirte a la mañana siguiente. Allí, solo, envuelto por el amanecer, sabes que ésta será la última ocasión en que tus ojos vean la patria. A lo lejos percibes las hogueras de los pescadores, como una extraña constelación que se hubiese derrumbado. Por un momento, la nostalgia te oprime el corazón y te preguntas qué será de ellos sin ti, quién les

mirará ahora por encima de las gafas y les recordará de dónde provienen, de qué materia están hechos. Y temes que no sean capaces de descubrir por sí mismos que hubo un tiempo en que el mundo, guiado entonces por maestros como tú, era muchísimo más hermoso. Sabes que, a pesar de todo, los amaste intensamente.

El mar, sin embargo, te devuelve la alegría. El trayecto se realiza sin sobresaltos. A veces, por la noche, te tumbas en cubierta y contemplas el cielo hasta que aparecen las primeras luces. Luego, durante el día, recuperas esa emoción que creías agotada ante la llanura azul, infinita.

LA FUENTE(*)

¿QUÉ oscuridad la retiene? ¿De dónde mana? ¿Por qué roca se precipita luego, silenciosa? ¿Cómo ha llegado hasta el joven asesino, que se ha nutrido de su oscura fuerza? ¿Qué terrible luz ha advertido en su fondo de siluetas y de sangre?

Inopinada fluye el agua de la fuente a través de los días y las noches. Cruza puentes e institutos, centros comerciales y autopistas. A veces se remansa en una conversación familiar

(*) El 11 de marzo de 2009, Tim Kretschmer, de diecisiete años, mató en la ciudad alemana de Winnenden a nueve compañeros de instituto, a tres profesores y a otras tres personas que se cruzaron en su camino. Finalmente fue abatido por la policía.

o se desboca, más tarde, en alguna llamada telefónica, en un beso de despedida, en cualquier atardecer. Y, cuando por fin sumerge a alguien en su fondo de delirio, tú, a lo lejos, puedes percibir de nuevo que el miedo no basta, que sus quince víctimas ocultan algo mucho más revelador, que, a fuerza de negar su presencia, de suplantarla por la civilizada virtud y la salud eterna, la enfermedad y la barbarie han llegado a ser el estado natural del universo.

Porque te enseñaron a creer fervientemente en la bondad humana, la carnicería de Winnenden te obliga a buscar una razón más allá de la consigna. Pero sólo existe esta agua que sorprende al más débil y que lo convierte en un coloso de repente.

Cuando sobre tu conciencia borbotee su inmensa sombra, cuando el viejo Rousseau comience a filosofar a martillazos, abre bien los ojos, prepara tu alma y aprende a tener miedo de ti mismo.

DESTRUCCIÓN Y DECADENCIA

DE las llamas de Alejandría nacen todos los libros de Occidente. De las ruinas de Nagasaki reverdece su prosperidad. El vacío y su memoria son mucho más fértiles que la presencia y la profusión. Por eso la destrucción celebra siempre las viejas alianzas con los dioses, su anhelo procura el encanto de toda promesa. Afortunados los hombres que nacieron en la devastación porque de ellos será el reino de los cielos.

La decadencia, sin embargo, es la taxidermia del tiempo. En su deambular incesante todo se torna ensimismamiento y abulia. Nadie conoce el principio y el límite. Todo es un dejarse hacer que esteriliza cualquier voluntad.

Tu impotencia, tu cansancio son su alimento. Y a veces reclama tu turbación, parece despere-zarse ante noticias de crisis, exige de ti cierto desasosiego. Pero, en realidad, la decadencia es un músculo en reposo, nada es definitivo en ella. El mundo, tu país, tú mismo acabaréis algún día, pero no demasiado pronto.

Ha existido siempre un misterioso placer en la destrucción; por el contrario, en la deca-dencia, todo es tácito *spleen*. En la sublimidad de la hecatombe se pudieron medir los esfuer-zos de los héroes; en la entropía del crepúsculo sólo se computa la miseria de tu ignorancia. El fuego, la pólvora, el átomo han sido el espejo donde se han contemplado todas las aspiracio-nes, precisamente porque en él se revelaba la excelsa verdad de los ciclos de la vida; las de-mostraciones de vigor moral, no obstante, siempre serán denostadas por los príncipes del declive. En el teatro del horror, *ab ipso ferro*, la humanidad ha vuelto a germinar, ha sobreve-nido inopinada; en la pantalla de la mediocri-dad, las arterias del hombre se desecan lenta-mente.

Mira a tu alrededor. Huele estas ruinas. Demasiado tiempo ha durado ya su eternidad. Necesario será que hoy, esta noche, regreses a ellas, e indispensable la firmeza de tu mano al poner la carga precisa. Luego contempla cómo al fin todo se viene abajo. Y conmuévete, por primera vez, con tanta belleza.

JORNADA DE REFLEXIÓN(*)

DEJÓ la ciudad y fue al bosque para vivir deliberadamente. Herido por el resplandor de la laguna al atardecer, dijo: «Tus aguas son más hermosas que nuestras vidas». Bañado en las siluetas umbrosas de los zumaques, preguntó: «¿No me entenderé con la tierra? ¿No soy en parte hojas y materia vegetal?». Sentado cerca del fuego, musitó con el poeta: «No me faltes nunca, llama brillante». Años más tarde, cuando, próximo a la muerte, trataron de confortar su alma, replicó que una abundante nevada significaba para él mucho

(*) El 9 de marzo de 2008 se celebraron en España Elecciones Generales, la fiesta de la democracia.

más que Cristo.

La compañía de la naturaleza, percibida a menudo en el repiqueteo de la lluvia sobre el tejado, volvió insignificante la exigencia de otra fidelidad. Pero no olvidó nunca que había huido hasta allí para recoger los «frutos salvajes». El bosque definía con exactitud la palabra huida: advenimiento, hallazgo, obra. Un sitio donde llegar, donde encontrar los hechos de la vida, donde erigir una casa. La huida era transcurso y demanda, no extravagancia o flaqueza sino verdad denodada que, lejos de la ciudad, adquiriría intempestivamente la envergadura de todo hombre.

En días como el 9 de marzo, tú también tendrás derecho a tu *Walden*. Así que apresúrate, huye hacia los lejanos caminos de poniente. Del estero de la libertad huye y del burdo fervor de un compromiso que nunca podrás entender y que jamás ha sido tuyo.

Porque «sólo amanece el día para el que estamos despiertos», qué te importa a ti la prudencia si siempre habrás de poseer el viaje.

¡Corre!

TAL COMO ERES

POR una maldita vez, muéstrate tal como eres. Un embustero empedernido, un cortesano sin intrigas, una insignificancia en la gigantesca virtualidad de este país. Tu naturaleza ambigua siempre te ha delatado. En tu actitud se puede leer, aun hoy, de qué pasta estás hecho. Dices profesor cuando, en realidad, quieres decir funcionario. Te presentas como un transmisor de conocimientos y no eres más que un burócrata. Encubres con la libertad de cátedra tu comisariado político.

Atrévete a confesar que te tragaste el nuevo evangelio, que, en lo más profundo de tu podrido corazón, volvió a germinar la semilla de esa militancia que los Ochenta habían con-

seguido adormecer. Si no supiste de qué iba la reforma, fue por estulticia manifiesta. Y si lo supiste desde el principio, te dejaste hacer, como una hetaira llena de devoción, para medrar en el nuevo sacerdocio. Afortunadamente, el futuro te echará a los perros de la ignominia.

Pero estás a punto de desaparecer. En esto ha consistido el juego. Degradado, obliterado por el lento transcurso de los años, los descendientes del nuevo Epimeteo ocupan los pupitres y los encerados donde su padre creciera para cerrar el círculo, para que ya no exista escapatoria. Y, cuando ahora ves el fruto de tu silenciosa complicidad, de tu cobarde aquiescencia, se te hiela la sangre, desgarrado por el terror que sienten los artistas ante la obra consumada.

Qué ridículo me pareces así, con el ceño fruncido, fustigando con tu verborrea pseudo académica a los mercaderes del templo. Qué tristeza tan abrumadora esconden tus afrentas. Qué impudicia revela esta nueva algarabía.

AVALON

AHORA. Ahora es el momento. No te preocupes. Nadie mira. De hecho, en realidad nadie ha mirado nunca. Pero no importa. Adelante. Hazlo a tu manera si así lo prefieres. Primero un pie. Luego otro. Bien. Ya está. Camina despacio. Eso es. Despacio. Relajado. Atención. No gires la cabeza. No te detengas ahora a escuchar. Sigue adelante. No ha de importante. Ya sabes. Seguramente es el partido de fútbol de esta noche. O la epidemia. O la crisis. Qué más da. Que se jodan. No te interesa. Suficiente tiempo has estado ya en el ajo. No queda nada en ti que ofrecerles. Y ellos, por supuesto, son hojas secas. Cadáveres. Escoria. No se lo merecen. Todo, al final, ha si-

do construido a su imagen y semejanza. Que se queden sus ciudades llenas de mierda. Sus obsesiones. Su insatisfacción. Su mediocridad. Que se traguen todo este caos. Sus muertes. Sus robos. Sus televisores. Sus colegios. No los necesitas. Ya has llegado. Ahora sí. Puedes ir un poco más rápido. No esperes el ascensor. Sube por las escaleras. Corre. Saca la llave. No. Ésta no es. La otra. Perfecto. Ya está. Aunque, espera. No entres todavía. Una última mirada. No piensas regresar, así que puedes hacerlo. Obsérvalo todo por última vez. Obsérvalo, sí. Y después olvídalo. Bien. Es suficiente. Entra.

Abre ahora, en el balcón, por fin los ojos para divisar tus jardines, y por su espesura pasea la mirada lentamente hasta advertir el vuelo de los pájaros. Sorpréndete de nuevo con su extraño plumaje, a pesar de que en Avalon son frecuentes y el instante y la soledad casi líquida de las mañanas llenan de rojo o de amarillo o de magenta. Recuerda que nada había aquí cuando llegaste, que tu voluntad fue poblando la isla de insólitos caprichos. Qué tenue se ha de volver entonces el cabo que aún te vincula al mundo. Todo germinará, todo crecerá nutrido por el deseo, y, a medida que los años pasen, los jardines irán llenado el horizonte. Y ya sólo quedarán los castaños, los ginkgos centenarios, los secretos senderos. Y ya sólo quedarán los puentes que cruzan canales donde brillan peces dorados y violetas, las amplias

avenidas que desembocan en praderas moteadas con ese amarillo tan intenso. Y ya sólo quedarán las margaritas, los ranúnculos, los recónditos apartes coronados por alguna pérgola, el banco de piedra, el busto con inscripciones ilegibles, el pequeño Amor de expresión indolente.

Sí, fíjate bien. Se trata de la belleza. Es el poder que te unge. A ti. Rey preterido. Que la hace posible. Ella te apartará definitivamente del recuerdo de los hombres. Porque nada en ellos existe para esta eternidad. Para este prodigio.

CAMBIO CLIMÁTICO

DESBORDE el mar la sombra del hormigón y el esqueleto de la grúa. Yermame el hambre de las torrenteras los pastos estériles del ocio; conviértase su verde espurio en la verdad del ocre y la ceniza. Recupere el índigo su reino y proscriba la fosforescencia de las calles, donde el ruido tiene forma de adolescente impúdico. Ciérrense las mandíbulas trituradoras del lenguaje; vacíese la voracidad de los estómagos. Unza el arado la noche purificadora.

Y recorra el noto una nueva brisa -la tuya- que traiga la voz de aquellos náufragos que aún aguardan un mar al que arrojarse y ser salvados. Y crezcan, de tu reino desnudo, las pri-

meras cicatrices del ábrego. Y surjan, entre las ruinas de la invasión, las dunas nómadas, las calas recónditas, las paredes de pizarra, la rareza del tomillo y de la pita. E inflame con luz blanca las suaves elevaciones calizas que son los nervios de tu cuerpo. Y sobrecójase el alma en cada puesta de sol. Y regrese el paisaje dentro de los hombres; que lo que en realidad captan los ojos no sea más que un reflejo infinitamente horizontal del corazón.

Y deslícese la Naturaleza sin desbocarse en ti, exhausto Sur, donde los caminos guían, no impelen, donde todo es cercanía y recurrencia.

CUENTOS

A partir de ahora debes acostumbrarte a los cuentos. Porque te contarán tantos cuentos que no podrás vivir sin ellos.

Te contarán, por ejemplo, el cuento de la seguridad. Te dirán que ellos tienen la clave, que son los únicos que pueden procurártela. Por eso habrás de pasar seis horas al día en institutos con cámaras de vigilancia y con vallas cada vez más inexpugnables. Para salvarte de la ignorancia te protegerán del mundo. Mundo-malo, mundo-caca, mundo-eso-no-se-toca.

Te contarán también el cuento de la virtud. Suprimirán de tus libros de texto cualquier cosa que discuta los axiomas de la salud pública. Tus dudas serán indicio de enfermedad o de

perversión. Por eso, para que no dudes demasiado, seleccionarán sólo aquello que puedas engullir sin mucho trabajo, auténticas papillas de la bondad humana.

Te contarán, por último, el cuento del éxito. Te asegurarán que el éxito se alcanza cuando nadie pierde, que el verdadero éxito reside en los confortables incentivos que algún día te harán ser más dichoso. Sin esa aberración que es toda excelencia, al final, poseerás tu propio premio, tu propio aplauso.

Sin embargo luego, cuando descubras -bárbaro e inerte- que van a por ti, que ya es demasiado tarde, que no tienes escapatoria, sabrás que siempre evitaron contarte el extraño cuento de la libertad, que hablaba de un tiempo en que los institutos tenían las puertas abiertas y los libros de texto cuatrocientas páginas y los títulos académicos el esplendor del esfuerzo.

LITERATURA

NO sabías que el canto del gallo inundaría tu habitación por última vez, que las aves ya no volverían a posarse nunca más en el alféizar para escuchar la secreta melodía, que aquélla sería la postrera de tus acostumbradas plegarias a la memoria de tu padre. Si por la mañana alguien te hubiera dicho que tu muerte estaba prevista para ese día, tú habrías, sin duda, sonreído. Tan lejana creías a la sombra todavía de tus rubicundas mejillas, de tus músculos prestos a la batalla y al amor.

Sin embargo, por la tarde, un frío intenso estremeció todo tu cuerpo. Quisiste dormir y no pudiste. Tu corazón era un caballo desbocado que trataba de huir del bosque en llamas.

Entonces, cuando por cada punzada que te abría el pecho -anticipo, sin duda, de la que te aguardaba en algún lugar del palacio- un recuerdo caía hasta tu regazo como una hoja sin otoño, supiste que tu asesino se encontraba ya muy cerca.

Anocheceía cuando ganaste los jardines de poniente. Pasaste, como una ráfaga de viento, frente a las esculturas alquímicas, bajo los tilos dorados donde te dolieras de tu Filis, de tu Elisa, de tu Dulcinea. Como una gota de lluvia, reflejaste tu carrera sobre el cristal del invernadero, emergiste de entre las azucenas, que siempre te recordaban el aliento de la amada en tu cuello. Dejaste atrás las ruinas, los bosques de cedros, los pequeños huertos cerrados para muchos.

Y llegaste por fin al mar, partido por la luna y por la extenuación. Allí, sabiendo que, ante aquella inmensidad rielada, no tendrías escapatoria, lograste serenarte de repente. Te sentaste en la arena y pensaste en viajar, en hacer el amor, en envejecer frente al hogar. También pensaste en los inmensos trigales de la niñez, en algunas metáforas que demostraban la exigüidad de tu arte.

Con la blanca luna en lo alto, apareció el caballero, magnífico sobre su montura. En un alarde estético, sentiste que debías hablar, decir las últimas palabras antes de ser atravesado por la lanza. Pensaste que, al fin y al cabo, na-

da tenías que perder. Él y quienes eran como él habían ganado. La suerte estaba echada.

-¡Descúbrete! -le gritaste esperando ver unas facciones anodinas, un rostro aburrido, un gesto ramplón, una mueca de estupidez, una mirada de mediocridad infinita.

No te dio esa satisfacción sin embargo. Sólo cuando tu cuerpo ya había dejado de latir, sólo cuando el oscuro venero abierto en tu garganta parecía haberse secado, sólo entonces el caballero reveló su rostro.

CABALGANDO SOBRE LA TORMENTA

MÍRATE. Hoy, de nuevo, a lomos de la tormenta pareces un dios, magnífico como un rey que mide su mirada con el trueno. Y míralos a ellos, cadáveres, una vez más, que cubren las aceras y que la lluvia arrastrará hacia el desagüe.

Hace tiempo que no recuperabas ese dulce sosiego que procura la misantropía. Años atrás solías odiarlos a menudo, cuando veías colmado aquel rotundo anhelo de ti mismo. Cabalgabas sobre la tormenta entonces con un brillo en los ojos, henchido el corazón de arrojío y de verdad. Y arreciabas, inmisericorde, sobre su silencio, sobre su estupidez, sobre lo que siempre te pareció presunción y decadencia. Cadá-

veres, como hoy, te parecían y te repugnaban sus actos absurdamente interiorizados, sus miserables atavismos, sus estériles cenáculos.

Después llegaste a comprenderlos, y, cuando clavaron en tus ojos sus ojos sin vida, aun llegaste a amarlos. Y fuiste uno más y ellos también te amaron. Y creíste jurar lealtad infinita a sus obras de moribunda belleza. Cierta sentido del deber te hizo quizá tomar partido en alguna ocasión. Ambicionaste lo que ellos habían ambicionado, sin percatarte de que cuanto la muerte siembra no puede jamás albergar vida. Al fin y al cabo, su raza era la tuya.

Pero ahora, mientras los bárbaros aguardan tras las puertas y en cada casa, en cada sepulcro, suena el brindis de la cicuta, mientras la tormenta amenaza sobre las siete colinas, tú, de súbito, recobras la olvidada montura.

Y desde el cielo, empuñando el relámpago y el torbellino, te lanzas sobre la cetrina ignorancia de los últimos cadáveres, aunque sabes que mañana, cuando despiertes, tendrás una sensación extraña, diferente a la sequedad de la boca o a la atrofia pasajera de ciertos músculos, como un sabor amargo, una sudoración excesiva, cierta ligereza al dar los primeros pasos.

Aunque sabes que luego, frente al espejo, descubrirás -un olvido imperdonable, un lapsus que te hace sonreír- que tú, evidentemente, también estás muerto.

GRAND TOUR

EL sur ha dejado de bendecir tus emociones. La luz que fuera bautismo inopinado en Taormina, se te aparece ahora, cuando la sufres en esta desolada España, como un aburrido pleonasma paisajístico. No hay nada que, en ella, demuestre matiz o misterio sino óptica planicie. Los cielos eternamente azules, el clima monolítico de cigarras y moscardones excitan la virtud y la nostalgia de la sutileza septentrional, el anhelo de regreso al hogar de los bosques y la bruma. Tan cercano es el paisaje aquí que lo sublime cabe en el bolsillo.

Pero no por el desengaño sufrido aborreces el sur. No por la vacuidad de su ostenta-

ción, no por la prodigalidad de su impudicia, no por la simpleza de sus ciclos anuales, no por la ruina de esas ruinas que otros, imbuidos de sí mismos y de su propia búsqueda, antes cantarían, has terminado odiándolo, sino porque, a fuerza de mostrarse símbolo, de la gratuita representación ha hecho razón de ser. Todo aquí es como sabías ya que era. El *Tour* parece haber predispuesto una nueva lógica que exige a la Naturaleza coincidir con la narración del visitante, con el cuadro de costumbres.

El sur es modelo de sí mismo y sus moradores lo han asumido como dogma de fe. Entregados a la demiurgia de esta ficción, conservan la memoria bastarda de unas tradiciones que, rendidas al presente, se han convertido en decorado que oculta procacidad y carencia. Figurantes son que, impelidos por la moda, han trocado idiosincrasia por relumbrón, carácter por remilgo, idea por gesto.

Cuanto el sueño gana, negligente desperdicia la vigilia. Y es tan poderosa esta certeza que apenas puedes ya ver el mundo de otro modo. Los símbolos de la vida y de la cultura se pervierten cuando el exceso los reglamenta. La norma de la excelsitud es, ahora lo sabes, mediocridad intencionada. Mediocre y vulgar resulta el sur para el que se esmera, didascálicamente, en hacerlo resurgir de la ceniza. Nada puedes hacer ya sino huir de él.

LA MAZA(*)

SEGURO que tú también guardas silencio porque, en el fondo, siempre has ignorado la estrategia. La estrategia consiste en solicitar ahora a los súbditos lo que la Ilustración atribuyó a los gobiernos virtuosos, en hacer creer que la tolerancia, como valor irrenunciable, instaura una proba reciprocidad. Pero ha llegado la hora de reducir a escombros todos estos lugares comunes. Cuanto se sublima ante la opinión pública, la tolerancia acaba

(*) El 24 de febrero de 2009, Emilio Gutiérrez, un vecino de Lazkao afectado por la bomba que un día antes ETA había hecho estallar en la Casa del Pueblo, destrozó una “herriko taberna” armado con una maza.

pervirtiendo en la práctica, pues siempre ha mostrado un único camino, una sola jerarquía entre tolerante y tolerado. El espejismo igualitario de la tolerancia niega toda relación basada en el respeto mutuo entre iguales.

Hay que reconocer que el argumento que divide el país en tolerantes e intolerantes es poderoso, porque las palabras cobran sentido con el uso. Sin embargo, por un momento, trata de imaginar la escena que se desarrolla dentro de aquella cueva éuscara de Lazcao que trepida y se hace añicos bajo la cólera del que no puede tolerar más la tolerancia. Y luego piensa en los argumentos que se habrán de utilizar para atacar el atentado. Unos dirán, por supuesto, que es hartazgo, o, aferrados al lugar común del “ojo por ojo”, se atreverán a comprender -sólo a comprender- lo que su cobardía les obliga a creer injustificable. Otros, simplemente, le llamarán fascista.

Pero ten por seguro que todos callarán el único hecho incontrovertible de este asunto: la fuerza, la suma belleza moral que posee la maza de la intolerancia.

EL VÉRTIGO DE LA BELLEZA

LA luz de marzo entra por el ventanal más cercano. Al fondo, cerrados los luceros, se sugieren figuras, cuadros, muebles; fantasmas que siluetean en el silencio del Alcázar.

-¿Y esto, maese Velázquez? -murmuras sin saber, por un momento, a quién dirigirte.

-Esto -la voz del pintor, firme, orgullosa- es su retrato.

-Y bien, ¿dónde estamos la reina y yo? -una fugaz mirada hacia tu esposa te basta para percartarte de su aburrimiento-. Os habíamos encargado un retrato. Por todos los santos, maese Velázquez, que es el retrato más singular que he visto.

-Ésa es la almendra del juego, Majestad.

Regresan tus ojos al lienzo, pero esta vez, empujados por la promesa de la victoria -un rey ha de ganar siempre-, revelan una cuidadosa altivez.

Y de pronto, se detienen.

-¡Allí! -exclamas-, allí estamos, sin duda.

Doña Mariana se dirige hacia donde señalas.

-¿Es un cuadro? -murmura.

Atónito, tardas en contestar. Acabas de comprender el pasatiempo.

-No, mi Señora, es un espejo -balbuceas-. El retrato somos nosotros.

Esa noche no puedes dormir. Perdido en la oscuridad de la antesala, gana tu corazón el desaliento. Yo, piensas, que debía ser lo inanimado, la mentira de la representación, he quedado convertido en un ser viviente que respira, que observa; don Diego, sin embargo, que tendría que haber sido el artífice, lo real, acude a la quietud de lo representado, a la impostura de lo ficticio.

Y vuelves, rayando el alba, al cuadro que se está pintando siempre, que retrata cuando alguien lo contempla. Creyendo que vas en busca de la verdad, has hallado el vértigo de la belleza.

SAPERE AUDE(*)

CON reforma o sin ella, la universidad continuará siendo el cadáver embalsamado de un mundo que ya no existe, el hospicio de esas almas huérfanas que, después de Auschwitz, desterraron la verdad porque, de repente, sintieron un pánico incontenible ante ella. Ahora la universidad es el templo de la flagelación. Todos tus profesores llevan el sello de la disculpa en sus cráneos tonsurados. Por sus higienizadas aulas vagan tan sólo la pala-

(*) Durante la noche del 17 de marzo de 2009, centenares de jóvenes, que se manifestaban en contra del Plan Bolonia, fueron desalojados de la Universidad de Barcelona por los Mossos d'Esquadra. Todos los medios de comunicación emitieron las imágenes de la represión policial.

bra escindida y el fantasma del horror. Te dicen: el horror es verdad y la verdad horror, esto es lo único que has de saber. Y, al igual que ellos, sacerdotes de la verdad a medias, tú también has aprendido a pedir perdón por existir.

La universidad ha muerto por esta culpa infinita de Occidente. Tus profesores, profesionales de la resignación, guardan desde entonces su tumba, y a ella te conducen para procurarte la justa felicidad que se te debe. Allí recurren a las viejas consignas y te demuestran que toda pretensión de verdad termina deshaciéndose en la tarde, como aquellas fumaradas de los hornos crematorios que ascendían empujadas por alguna obertura de Wagner. Es su deber prolongar este trauma en las generaciones venideras, por eso niegan la verdad, y por eso, aunque de vez en cuando pongan ante ti el cebo de la subversión y te hagan creer que en la universidad permanece todavía agazapada la semilla del cambio social, han convertido la verdadera instrucción en una mera iniciación en el escepticismo.

Qué grotesca me parece ahora tu revuelta y qué insignificante. Si supieras de dónde provienen tus lemas, si supieras realmente qué hambre los resucita, qué soplo los propaga. El problema no es Bolonia o el capital, ni siquiera la traición que dices denunciar con tu martirio. No, el problema no es el Estado policial que demuestran esas imágenes. El problema es tu

debilidad, tu absoluta falta de arrojo. El problema es que tu protesta es un fraude porque sabes que está abocada al fracaso. El problema, gilipollas, eres tú, que todavía no has comprendido que, sin la verdad, estás en la media hora de recreo y que hoy toca jugar a ser rebelde.

VERRÀ LA MORTE

a Carlota

Y tendrá tus ojos. Y, ante ti, aparecerá su espiga de luz nueva, como promesa inveterada que siempre -lo sabrás pronto- ha dado sentido a las cosas.

Recordarás entonces los antiguos jardines de tu *satya yuga*, merodearás por sus fuentes y su fronda, y, antes de que caiga la tarde, regresarás a los columpios de colores vivos que aún te aguardan. Y volverás también al terror de algún pasillo oscuro, al secreto horizontal de playas inmensas y a los cielos inmensamente azules, y todo te parecerá viejo y hermoso, porque la memoria -lo sabrás en su momento- ha sido siempre vieja y hermosa.

Así que no te preocupes hoy si no eres ca-

paz de asimilar todo lo que vas dejando, si, de súbito, te sorprende el paso velocísimo del día o si desconoces qué se oculta tras las grandes palabras del mundo. Sabe que cuanto de ti existe, joven diosa, será reunido con precisión al final de tu vida, que el tiempo es sólo una percepción de tus ojos aún deslumbrados, que los arcanos y su poesía son, por ahora, cosa de viejos.

Sigue, sigue adelante. Cabalga sobre el miedo y la tormenta. Ya habrá ocasión de hollar esa patria que se te deshace como un terrón de arena entre los dedos. Tiempo habrá de buscar el amparo de los primeros viajes, de las doradas ramas que, sin duda, verás florecer, de contentarte con revivirlo y destacarlo de la fría sombra.

Tiempo habrá de descubrir -cuando venga la muerte, cuando la muerte tenga tus ojos- que la nostalgia es la auténtica senda de los sabios.

OPTIMATES

A pesar de sus bancos arruinados, a pesar de la voracidad de su codicia, a pesar de que los templos de la usura aparentan caer por fin lentamente, como grandes rocas despeñadas, la Historia -tenlo por seguro- acabará vistiéndolo con el esplendor de las grandes gestas el cuerpo monstruoso. Por eso has de abandonar toda esperanza y desoír las arengas de quienes nunca comprendieron la infalibilidad de esta ley eterna. Por eso debes desconfiar de los discursos que se alzan hoy sobre los Rostra.

Es el orden natural de las cosas y tú perteneces a ese orden. Si los dioses quisieran subvertirlo tú serías el primer sacrificado. Sabe

que de ellos, los mejores, hablará el futuro y que a ti, en cambio, se te olvidará en cuanto arrojen tierra sobre tu mortaja. Cualquier intento de prevalecer será ensuciado con la retórica de las palabras y del tiempo. ¿Mario?, dirán, ¿Catilina?: populistas, conspiradores. La desobediencia será combatida con la infamia.

Sólo para los optimates está destinado el vuelo del águila sobre el Auguráculo. Sólo en ellos la mirada del sacerdote es capaz de convocar los sagrados auspicios de los dioses. No debes maldecir tu suerte. Conténtate con conocer que Fortuna reclama tu presencia, que tu servidumbre es necesaria para que la noche siga al día y para que no muera nunca la República.

SOMBRA Y VACÍO

YA viene. Ya se acerca. Y tú continúas rodeado de cosas. Muchísimas. Guijarros en el lecho de un río. Lleno de todo y de nada. Mírate: planes, propósitos, argumentos. No sabrías vivir de otra manera. Qué hermosa felicidad la de la exigencia, la de la adicción, la del exceso. Y qué vanas te parecen otras formas de vida. ¿Quién podría resistirse al hábito dulcemente forjado, a la devoción de esa rutina que cada día eriges como un ídolo sin cabeza? Pequeños placeres, así los llamas. Pero no son más que espejismos que velan el paso lento y sinuoso de la sombra.

Porque la sombra te encontrará, sin duda, atiborrado y hambriento. Primero sentirás una

ligera desorientación. Por las mañanas los proyectos se desvanecerán como la lluvia entre los dedos. Más tarde no tendrás ganas de salir. Y luego no podrás levantarte de la cama. Poco a poco la sombra se filtrará en cada músculo abotagado, en cada hueso tumescente, haciéndolos suyos. Antes de que te des cuenta, estarás a su merced, y entonces será cuando el terror encharque los pulmones y la memoria. Nada podrás hacer ya salvo desear la muerte. Pero no llegará. La sombra no te matará. Esperará a que lo hagas tú mismo. Rodeado -siempre, hasta el final- de un mundo repleto y exuberante.

Y, sin embargo, qué fácil hubiera sido evitarla. Bastaba con detenerse un instante, cerrar, por primera vez, el pico. Bastaba con saber que nada, absolutamente nada contiene esa verdad a ti tan querida si en ella la palabra acrisola su dulce veneno. Bastaba con buscar, tras la postilla de los días, el silencio. Y luego cerrar los ojos. Y encontrarte cara a cara con el esplendor de la evidencia:

El mundo está vacío, y lo que crees que es real apenas se asemeja a una voluta de humo insuflada por tu consciencia. Sí, el mundo está vacío, pero jamás sabrás que lo está. De hecho nunca serás consciente de que eso es la verdad. Nunca estarás seguro de haber comprendido que el mundo está vacío. Y en esta hermosísima vacuidad del mundo y la certeza sólo cabe

la ayuda desinteresada, el engaño altruista, la compasión, la misericordia.

Qué fácil hubiera sido entonces escucharles, acompañarles, amar con todas tus fuerzas su ignorancia. Asentir con la cabeza ante su mirada llena de miedo.

Decirles, mientras recorres el aire sumergido de este nuevo Valverde de Lucerna, que todo siempre tendrá sentido.

ADIÓS, MIGNON

EL puerto olería a pescado. Aún podrías pasear sorteando las redes y las cajas vacías de la lonja. Mientras, el sol poniente encendería cualquier detalle de la Crátera.

O caminarías por ese barrio de trazado imposible y te dejarías llevar hasta el ancho paseo de castaños, y allí admirarías las villas barrocas, sus jardines umbríos. Tal vez te detendrías frente a alguna columnata excesiva o ante una ventana donde pudieras vislumbrar una mesa con un jarrón de cristal lleno de rosas amarillas.

O, por la noche, bajarías al Foro, regresarías quizá a la Signoria, donde tratarías de

imaginarte por última vez los ojos del coloso sobre ti. Y, antes de acostarte, entrarías en alguna taberna para enturbiar la mirada con el vino del principio de todo.

Y luego jurarías no abandonarla jamás, ser diferente a esos viajeros que, como estrellas sin brillo, ahora la recorren y la buscan remedando la memoria de lo que la civilización hubo creado. Supondrías haber hallado la precisa pureza en la mirada, la inspiración de nuevo de tu origen, el último reducto poético que habría de unir aliento y geografía.

Pero al final la verías ascender, Astrea desnuda, vieja Mignon, sobre las nubes del día siguiente, dejándote como a su amante en el bostezo inmarcesible de la bruma. Y despertarías de esa impostura y te darías cuenta de que hace tiempo que su cuerpo ya no te es deseable y que, como todos los hombres, sólo estás dispuesto a conocer lo que previamente ha sido leído o soñado, porque todo espacio es capricho de la mirada, legado, libro, postal, agencia de viajes.

Adiós, Mignon, le dirías, los limoneros se han secado, el cielo es gris, todo está en ruinas.

LA NUEVA POESÍA

PADECIÓ Prometeo el castigo de Zeus y su sombra inspiraba al héroe de los últimos dos siglos. El mito se complacía en la blasfemia de la usurpación divina que inauguraba la era de la técnica. Aun sabiendo que quien otorga el poder de crear revela la belleza de la devastación, el dios-creador incitaba a sus hermanos mortales a ser semejantes a él. Fue así como el hombre, por vez primera, admiró el poder del fuego.

Entonces, abierto el cruento abismo del progreso, hubo una reacción inopinada. Prometeo fue liberado por Heracles, y Zeus, para que jamás olvidara su blasfemia, le obligó a llevar un anillo forjado con el hierro de los gri-

lletes y un trozo de roca de la peña a la que había estado encadenado. Porque la sola visión de su marca les devolvía a la memoria los crímenes que habían perpetrado, los hermanos, creyéndole débil, decidieron arrebatarse el fuego y alejarse del inmortal arrepentido.

Mientras la Historia se llenaba de dialéctica y de clases sociales, la Literatura de estructuras y pragmáticas, la Poesía de armas cargadas de futuro, el Arte de añagazas y la Filosofía de impotencia postmoderna; mientras en las universidades se sublimaba la nueva servidumbre del escepticismo; mientras comenzaban a surgir los distingos cientificistas que lentamente desmenuzaban la dignidad de todo lo humano; mientras en el atañor del miedo los hermanos convertían en cenizas el poder de la libertad y de la creación, Prometeo, en silencio, los dejó hacer y se alejó de su algazara.

Pero ahora lo adivinas otra vez en la distancia. Con inusitada fuerza asoma por fin y la ciudad comienza a estremecerse tras su paso. Regresa el dios-creador y los hermanos jamás podrán hacerle frente. Y con una mirada, apenas con un gesto de su mano de titán los devolverá a la oscuridad de sus cavernas.

Porque el fuego que te trae es el músculo de Miguel Ángel, aguarda, no huyas como los demás, resiste y sobrecógete con el resplandor de su nueva poesía: *gravitón, branas, cuerdas, supersimetría.*

ÉPICA

a Rafa

DESCIENDES sobre la blanquísima arena de aquel verano. Todo empieza a brotar por la hendidura secreta de la roca: el mar verdeando entre una inmensidad rizada y oscura, detrás las casas asomadas a sus azoteas blancas. Tú, tendido bocabajo, a escasos metros de la orilla, con las manos apoyadas en el mentón después de haber dejado el libro sobre la toalla. Las gotas reptan por tus brazos y dejan un rastro brillante. Aún retumban en el pecho el embate del último naufragio, el regreso al hogar, el vuelo de las flechas, la agonía de los pretendientes, los dorados latidos que no volverás a oír nunca.

Y de repente ocurre. Son apenas unos po-

cos segundos. Pero ese ínfimo lapso de tiempo concentra la gran sacudida que te hará despertar: nada hay, en ese instante, que indique una fecha exacta. La arena, las rocas que emergen picudas de las olas, el mar agitado por la brisa constante de la tarde se despojan, de súbito, de todo signo de temporalidad. Ha desaparecido el yate del horizonte y un extraño silencio borra de un plumazo la presencia de otras personas en la playa. Todo es como ha sido siempre. Así lo debieron ver, piensas, en aquel tiempo.

Desde entonces has buscado ese instante en que el paisaje muestra su íntima pureza. Al principio te contentabas con el breve espacio que creabas ahuecando las manos ante tus ojos. Luego, a medida que la misantropía se han ido apoderando de tu corazón, has comprendido que los signos de la eternidad no caben en este mundo atiborrado de presente.

Sin embargo, a pesar de que todos dicen que ya eres viejo para la huida, tú te esfuerzas aún en planificarla y sueñas con el día en que te atrevas por fin a levar anclas. Apenas bastará de nuevo aquel mar de abiertos surcos, bastará esa nostalgia horizontal de quillas embreadas y de voces que hablan de lugares que no has visto, para saber que todavía es posible hallar, tras la mancilla del paisaje, una épica sin hombres, infinita.

TROBAR CLUS

LES hablarías de la lealtad. Les explicarías que la lealtad era la consagración a ideales que siempre acababan trascendiendo al hombre. Les dirías que toda virtud social era fruto de la lealtad. Que toda reflexión moral manaba de ese venero. Que su agua les unía. Que el caudal les acercaba cada vez más a sus riberas. A pesar de sus gestos displicentes, tú les convencerías confesándoles que siempre ibas a ser leal a ellos. Hasta el fin de tus días.

También les hablarías del respeto. Les descubrirías que en su norma residía el secreto de la convivencia. Les mostrarías la mágica reciprocidad que establecía. En el respeto, les ase-

gurarías, latía el corazón de la auténtica igualdad. Les dirías que su esencia nutría todo anhelo de ser verdadero. Les dirías, viendo en su mutismo un atisbo de devoción, que el respeto era uno de los fundamentos de la libertad.

Y así, enardecido el corazón como un lábaro al viento, regresarías a tu casa.

Pero esa misma noche, aunque creyeras haber apaciguado por fin tu conciencia, no podrías conciliar el sueño. Con un escalofrío recordarías la mueca que habían adoptado al escucharte, reconocerías en ese silencio consabido el rostro de la abulia, comprenderías que te habían estado mirando como siempre.

Entonces, a la mañana siguiente, convencido de que ya no había vuelta atrás, de que todo era imposible, decidirías no intentar de nuevo revelarles la lengua de las aves. Te limitarías a leer la buena nueva de sus libros de texto, y luego les hablarías de cosas que pudieran entender.

Les hablarías de la desleal solidaridad que jamás compromete.

Les hablarías, por supuesto, de la irrespetuosa tolerancia del esclavo.

LA RAZA DE LOS AIRADOS

TENÍAS un plan. Era perfecto. Consistía en la creación de un habitáculo, de un pequeño reducto donde conservar lo que considerases definitivo con el paso de los años. Sí, levantarías una pared que te separara del mundo y combatirías el deseo y la esperanza con esa suerte de voluntad de poder en la que habías convertido la forja de tu intimidad. No fue fácil. Pero, a pesar de que en ocasiones algo te hacía desfallecer, a pesar de que, demasiado a menudo, terminabas preguntándote quién eras tú, si acaso la apuesta no era una estrategia más para zambullirte en ese mundo del que tanto abominabas, al final crecieron en ti la voz, el músculo y el fuego de la tormenta.

No cabía duda: pertenecías a la raza de los airados.

Luego conseguiste poner en claro ciertas cosas. La primera: era una contradicción hacer de tu intimidad un mundo aparte, pretender la pureza, la rotundidad, el cierre de todos los límites; hablar en términos de pureza o de corrupción resultaba ser un error, una hipocresía. La segunda: debías esmerarte en conocer, asimilar y seleccionar al enemigo; la única forma de llevar a cabo con éxito cierta trayectoria, de construir fronteras protectoras, era abriéndote, convirtiendo la razón y el alma en filtros que retuviesen la escoria y el veneno. La tercera: si la intimidad era un simulacro del orden o del caos del universo, si tú eras una imagen de ese cosmos al que ya no podías renunciar, debías esforzarte en su estudio, seguir la senda del conocimiento, pues en él hallarías los instrumentos necesarios para llevar a buen puerto tu propósito. Aprendiste tú, el mayor de los airados, a dejarte contaminar y a sublimar, mediante el desprecio de los otros, todo lo que de los otros podía serte útil.

Sin embargo, cuando ella apareció, algo se precipitó en el abismo. ¿Qué hubo en su mirada que te impelió a la sorpresa? Habías recorrido la misma calle, el mismo horizonte, el mismo mar, el mismo árbol, la misma casa. Habías incluso memorizado y previsto ciertos acontecimientos, ciertos patrones y hábitos. Pero, a

pesar de todo, ella fue una sacudida que abrió la grieta de lo inusitado. A un lado la continuidad, el cierre, los límites; al otro la inmensidad, el amor, el mundo de nuevo. Y elegiste. Por supuesto que elegiste sin darte cuenta de que por aquella hendidura del corazón escapaba toda tu fuerza, de que, definitivamente, habías comenzado a formar parte del club de los mansos.

CASTILLA

TE han contado que el Caos es el principio de todas las cosas. Te han contado que Eurínome, Diosa de Todas las Cosas, del Caos separa el cielo y la tierra para poder danzar. Luego, tras el ayuntamiento con la serpiente Ofión, convertida en paloma, nace el Huevo Universal, del que sale la totalidad de lo existente.

También te han contado que es la Madre Tierra quien emerge del Caos y da a luz a Urano. Hesíodo hace nacer de la Oscuridad el Caos; de la unión de ambos surgen la Noche, el Día, el Erebo y el Aire. Los judíos aseguran que una hembra, espíritu del Señor, empolla sobre las aguas, que han sido creadas del Caos. En

Babilonia la Diosa Aruru, Brillante Madre del Vacío, lucha contra Marduk en lo que se describe como un auténtico desorden cósmico. Platón, por su parte, hace surgir al Demiurgo, quien se ocupará, en el principio, de ordenar el Caos separando el mundo de las ideas y el mundo sensible. Y la Biblia dice: «Al principio creó Dios los cielos y la tierra. La tierra estaba confusa y vacía y las tinieblas cubrían la haz del abismo, pero el espíritu de Dios estaba incubando sobre la superficie de las aguas».

Te han contado que el Caos, imagen del desorden, de la confusión, siendo el principio del Universo, va acompañado de otros símbolos que también denotan esa misma idea de origen. El que más se repite es el mar, cuyo elemento, el agua, además de simbolizar el nacimiento, personifica, en dicho desorden, el poder en estado puro de la Naturaleza. El siguiente es la noche, pues la oscuridad engendra desconocimiento, y éste, a su vez, confusión. Por último, la separación del cielo y de la tierra, que tiene que ver con la distinción entre lo sagrado y lo profano, la posterior clasificación platónica de mundo de las ideas y mundo de las apariencias y su consecuencia más inevitable, la dualidad sentidos/razón.

Todo, según te han contado, tiene la misma raíz, es bañado por el mismo venero. Pero ahora, cuando se extiende ante ti el campo de Berlanga, cuando la geometría luminiscente

del cereal une cielo y tierra en un horizonte
que jamás concebirá el océano, sabes que aquí
todo ha sido siempre muy distinto.

HUIRÁS

CUANDO nazcas ya habitará en ti su semilla. Unas veces brotará inopinada, otras germinará con el riego constante de los días. Su fruto siempre será agraz y sus raíces te atravesarán el corazón como alfileres.

La huida será más necesidad vital que tópico, señal de destino antes que elaboración artesanal. Se elevará sobre el devenir de la cultura, se acomodará aun en el tránsito de una época a otra, bóveda hacia la que todas tus miradas apuntarán buscando protección, evitando la oscuridad y el vacío. En la huida cifrarás tus aspiraciones y tus demonios, la fama y el olvido, y, por ella, aprenderás a despreciar a la masa. Rechazarás el mundo que tanto temes y

que tanto amas. Abominarás del trabajo, de la usura, de la técnica y de la razón que el bárbaro siempre enarboló para humillarte, y te pertrecharás en aquellas obras que a ti solo te sirven. A la inacción destinarás todo tu esfuerzo. No al progreso sino al arte.

Y en la realidad acabarás ejerciendo toda tu alquimia. Transmutarás el lugar ameno en Naturaleza interior, y la oda naturalista en concepto o en símbolo, en jardín aristocrático, en renuncia, en tumba. Ningún camino secreto te llevará a la Edad de Oro sino a su metáfora, a ese áureo conocimiento que volverá a ser huerto de altas atalayas o choza de pajizo techo desde la que poder odiar a tus anchas al vulgo profano y sus vanas ambiciones.

Huirás navegando a la deriva calle abajo, cabeceando a cada embestida del agua, arrastrando farolas, coches, abriendo alcantarillas en tu avance de rey furibundo. Huirás por los espejos y por los laberintos de las ocasiones perdidas. Huirás tú, español, de Europa eternamente. Y, cuanto más la busques, más desearás perderla, pues en ti anidarán para siempre la fascinación de la renuncia, el embeleso del artificio.

LA BÚSQUEDA

¿YA has olvidado cómo empezó esta búsqueda?

Recuerda, forjador del hierro, devoto de Yahvé, de Zeus, de Marduk, la mueca de extrañeza que adoptaste al descubrir lugares donde apenas se criaba el ganado, donde se trataba de modo extraño la tierra para que de ella surgiera la espiga, donde se rendía un bárbaro culto a la mujer, hija de la Luna, única dadora de vida. Recuerda que, bajo la égida del Padre, guiaste tu ganado y otorgaste, con tu vara de pastor, la suficiente claridad al mundo como para hacer tuyo todo cuanto alcanzase la mirada. Recuerda que sobre aquellas misérrimas chozas levantaste ciudades y templos inmarce-

sibles, que tu atronadora voz se impuso como el rayo a las sombras y que, a partir de entonces, cielo y tierra jamás volvieron a estar unidos. Recuerda que proclamaste: los misterios del nacimiento y de la muerte son ahora semejantes a la noche. Recuerda que encomendaste a tus nuevos lares la custodia de las últimas guardianas de la semilla, las hijas de Kali y de Deméter, para que, con su silencio, se olvidara definitivamente la historia del principio de todo.

Pero recuerda también que algo falló cierto día, cuando aquel hombre piadoso -Adán, ¿así se llamaba?- se propuso, a pesar de las nuevas leyes, presentar su ofrenda a Eva, la Madre Serpiente, en su huerto sagrado. Recuerda que le dijiste: nada tienes que hacer aquí, la suprema sacerdotisa se ha marchado con su diosa de pacotilla, este huerto es ahora de Yahvé, padre de todos nosotros. Recuerda la súbita sonrisa, su gesto de piedad que a ti te pareciera señal de enervación e idiocia. Y recuerda, mientras observabas cómo su paso lento y vacilante lo alejaba definitivamente, que pensaste que aquél sería el último en desaparecer, que el objetivo ya había sido cumplido.

Recuerda ahora el temblor de tus manos esa noche, cuando a ti llegó la noticia de que muchos, siguiendo a aquel hombre, habían abandonado la ciudad. Recuerda que, si al principio la ira encendió tu corazón, luego un

viento helado logró sobrecogerlo. Recuerda que tuviste miedo de todo y que de todos sospechaste. Recuerda el ágora estremecida a la mañana siguiente, las historias que aseguraban que los caminos se habían llenado de nuevos exilados que deambulaban de una punta a otra del país.

Recuerda, recuerda los nuevos nombres que traían y que, al oírlos, hundían en tu pecho su música incisiva: Penélope, María, Beatriz, Laura.

CUESTIÓN DE TIEMPO(*)

SU juego consistía en criarte como si de verdad les importases, en protegerte como si fueses la recompensa largo tiempo postergada. Su madurez fue la medida de tu desamparo. Y tu soledad llegó a simbolizar en cierta ocasión su ridícula victoria contra el tiempo. Porque jamás pudieron permitir que nadie les distrajese de su auténtico objetivo,

(*) El 24 de enero de 2009, Marta del Castillo, sevillana de diecisiete años de edad, desapareció sin dejar rastro. Tras las pesquisas iniciales, su novio y tres adolescentes más confesaron su implicación en el asesinato. A partir de entonces la investigación se ha convertido en un galimatías de declaraciones contradictorias, retractaciones y pistas falsas. Muchos piden ahora un cambio sustancial en la llamada Ley del Menor. El cuerpo de Marta aún no ha aparecido.

antes de que te dieras cuenta, te abandonaron en esas eternas guarderías de la resignación y de la culpa. Y, a medida que pasaban los años, creían que podrían seguir ocultando que a la mayoría de ellos -amorosos padres- siempre les habíais venido grandes al nacer, que la gente como tú era un estorbo para sus patéticas aspiraciones, que, por mucho que te esforzaras, al final te considerarían el símbolo de las oportunidades perdidas.

Por eso, ahora, cuando te has visto obligado a darles una lección y ellos te han repudiado públicamente, cuando todos te consideran un monstruo, has descubierto que tú eres el más fuerte, que, a pesar de que aparezcan parapetados tras una pancarta que pide que te pudras en la cárcel, tu poder es, sin duda, mucho mayor que su pobre moral de consignas. Pues en realidad eres lo que ellos jamás se atrevieron a ser, la carnaza en que se convierte cualquiera que ose actuar en consecuencia, un mártir que ha hecho lo correcto cuando había que hacerlo.

Así que no te preocupes. Deja que hablen. Que actúen como lo que nunca fueron. Que se exhiban como víctimas desvalidas cuando en realidad son ellos quienes deberían ocupar tu celda. Tú, mientras, a lo tuyo. Comienza a fingir que te retractas, que pueden contigo, y sal cuanto antes a la calle, haz que se traguen, una por una, sus palabras. Será fácil. Tienes sobra-

da experiencia. Y, además, no estás solo. Sabes que la mayoría de sus hijos harán lo mismo que tú alguna vez. Sabes que están dispuestos a escucharte y que sólo es cuestión de tiempo.

GENERACIÓN

HAS olvidado lejanas cafeterías, gozosas hambrunas del alma, rostros desdibujados cuyo fin no es otro que nominar la nostálgica consunción. Sin embargo, esto no es lo importante.

Has olvidado también que, por azares del corazón, fuiste iniciado en la objeción de conciencia, el posmodernismo francés, el pacifismo, la autodeterminación de los pueblos, la ecología. Que aprendiste que la política poseía la seducción de lo irrealizable. No obstante, todo esto no es lo fundamental.

Por supuesto, has olvidado el descubrimiento de los angostos pasajes de la misantropía, la abulia satisfecha, la exquisita amar-

gura por la evidencia de que lo imposible es imposible, de que todos los hombres que no acogen el ideal del progreso -de un único progreso- están absolutamente equivocados. Pero se trata tan sólo de la superficie.

Educado tras la Dictadura, te viste obligado a desprenderte de la telaraña de los hombres, del discurso que se pretende objetivo y que no es sino un vómito de flagrante intimidad. Supiste que toda arqueología habría de comenzar por una suerte de *yo confieso*. Juzgaste incontestable la evidencia de que el conocimiento de los otros hacía que te olvidaras de ti mismo, pues Historia e ignorancia eran valores inseparables y de inalterable proporcionalidad: cuanto más recuerdas menos sabes.

Tu generación -despojo de un naufragio, fardo que se llenó con la frustración y la ineptitud cívica de tus padres- halló la felicidad en la mirada propia, en la estéril autopsia de épocas, de nombres, de consignas, en la aniquilación del tiempo y su escritura. Por eso siempre estarás dispuesto a gritar más fuerte que nadie:

¡Memoria, instructora de sombras!

VERDAD

¿SABES que no habrá triunfos para quienes, como tú, hayan viajado más allá de sus murallas, de sus leyes? ¿Sabes que la virtud de los hijos siempre será considerada por los padres peligrosa arrogancia? ¿Sabes acaso que, si antes te sentiste amado, mientras cada latido de tu corazón estaba sometido a sus rutinas, mientras tenías algo que deberles, ahora, cuando regreses, escupirán a tu paso?

¿Qué harás cuando vuelvas a adentrarte en su caverna, cuando, de hecho, comiences a hablar como un habitante cualquiera del subsuelo y digas, estremecido: soy un ciudadano más, soy un hombre libre que decide, que piensa por sí mismo, que elige, que crea, que

se siente protegido? ¿Te envilecerás como todos se han envilecido? ¿En su tráfago inútil, en su necio vacío serás de nuevo el huésped al que nadie mira? ¿Transformarás esta evidencia en la infinita felicidad de los devotos? ¿Les seguirás? ¿Honrarás su mediocridad acanallada? ¿Acogerás en tu seno su proteica verdad, plena de enfermedad y escepticismo? ¿Te dejarás llevar? ¿Serás como la puta que se abandona a la molicie de su miseria?

¿O serás capaz, por el contrario, de tensar el arco lentamente, de apuntar a los ojos sin piedad, de atravesar sus conciencias entumecidas con el dardo y la llama? ¿Te alzarás sobre sus cabezas? ¿Te atreverás por fin a gritarles que no crees en su dinero, en sus democracias, en sus pandemias?

EL REGRESO DE DON QUIJOTE

LO han visto. Aseguran que su silueta, partida por la penumbra, es descomunal ahora. Algunas noches se oye el chirriar de su armadura tras una puerta, su frío rezongo bajo unos postigos bien asegurados. Su merodeo produce sorpresa y estupor, por eso no es extraño que las campanas repiquen hoy de repente.

Algunos se han atrevido a salir y lo buscan con la mirada. En ellos la esperanza se abre como una flor humedecida. Creen que hallarán al loco, al melancólico, al de la triste figura. Creen que con él regresará de nuevo el ideal de la analogía, el trote cansado y renuente de Rocinante que se torna brioso y decidido, el es-

pacio compactado, miserable de España que se difumina y desmiembra en la infinidad maravillosa de reinos y castillos. Con todas sus fuerzas anhelan la quimera que ha de ser proscrita por los hombres cuerdos. Nuevamente pretenden, los ingenuos, hallar la salvación en la demencia y el sueño.

Otros se han conformado con asomarse a las ventanas porque sospechan, en realidad, un homenaje. Son los de la sonrisa prevenida, los del gesto displicente. Tras el cristal esperan ver el suntuoso desfile, el boato de un triunfo para siempre fingido. No cabe otra perspectiva. Aparecerá el caballero de los leones a la cabeza y, tras él, la carretada de figurantes que volverán a celebrar la farsa de un héroe al que sólo le quedan el despojo del esfuerzo, las migajas del ánimo. Y ellos, los hijos de puta, desde su escéptico alcor, sabrán que poco hay tras la mentira, que la locura es un fraude, que sólo cabe aguardar y reír.

Sin embargo tú, cuando él regrese, ya no estarás aquí. Has decidido huir lejos. Eres el único que conoce la verdad que trae consigo, su universo de lectores que se creen libres e incontestables, autómatas, en realidad, movidos por el fuego de la escritura. Nadie más que tú conoce el abismo que a la zaga se va abriendo, la oscuridad que acecha tras la impostura y la enajenación. Sabes que teatro y utopía perecerán aplastados por el vacío eterno que guar-

da el arnés del caballero de la nada. Sí, lo sabes. Por eso no eres un escéptico. Y tampoco un ingenuo. Simplemente eres un cobarde.

ARTE

HAY una pérgola sostenida por la silueta de varios troncos, algunos de ellos florecidos. La sombra envuelve el primer plano, que torna la mirada presa escondida, empujada hacia dentro del cuadro. Para algunos, existe un reto titánico en conseguir la pureza de la mirada, pero, en realidad, el esfuerzo proviene del simple hecho de mirar. Sabiéndolo bien, Friedrich sitúa el límite de la realidad en la obra misma. El filántropo berlinés Johann Emanuel Bermer, fallecido un año antes, en 1816, ha cruzado el umbral. Allí, tras aquella cancela cerrada que lleva su nombre, comienza lo otro, bañado por la luna amarilla, símbolo de Cristo. Los álamos custodian la en-

trada. Al fondo, las siluetas picudas de una ciudad hienden el horizonte. Allá el paisaje; acá el jardín. El alma de Bermer recorre la composición del cuadro sobrecogida por la certeza de que el pintor ha jugado una vez más con la perspectiva. La inmensidad de lontananza es imagen de la auténtica existencia. El jardín cerrado y sombrío es la muerte de todos los días.

Todo se vuelve calmo dolor para ti, que, desde la sombra de más acá, contemplas cómo Bermer se aleja. Ese mismo dolor -«*My Heart aches, and a drowsy numbness pains my sense*»- de Keats sientes entonces como una pesada bruma que desgarrar el invierno. Adivinas la urgencia de sus versos. Estoy tan cerca de ti, oyes decir a la muerte, en cada final, en cada espacio en blanco, y tú eres aún tan hermoso. De sobra lo sabes y has llegado a acostumbrarte a ello. En ciertas ocasiones, cuando te asalta la indolencia, te has sorprendido buscando anhelante esos ojos fríos, ese dedo en los labios que aparece tras el tremolar nocturno de las cortinas. El alma necesita el dolor para saciarse del dolor -«*Then glut thy sorrow on a morning rose*»-. Por ello, la presencia de la muerte, el dolor de su promesa es también uno de los rostros del paisaje.

El paisaje, fuera del hombre, está en el hombre. Es esto precisamente lo que desvela todo lo demás, lo que dispone la conclusión

que has de extraer del Romanticismo. Y porque el paisaje es un escenario en el cual se representa lo que la voluntad desea que se represente; porque el hombre, ante el mundo, se vuelve creador por una simple perversión veleidosa de lo creado, es a ti -y no la vida- a quien el auténtico arte reflejará por siempre.

REVELACIÓN

EN el Universo de la España que ve morir al dictador, cada fragmento reproduce la totalidad de la imagen, paradigma holográfico donde los hechos se establecen por analogía.

Dos “Transiciones” esconden esta historia secreta de la infamia, afines, *schrödingerianas*: la de los años setenta y la de los años noventa. En una, política -y educativa-, la “democracia” oculta las bambalinas de un poder que no está dispuesto a abandonar el muelle lecho de cuarenta años; en otra, educativa -y política-, la “reforma” orna unas estructuras sociales anclares con el brillo del progreso. La Constitución de 1978 refrenda el engaño de la partido-

cracia, la aniquilación de la libertad política; la LOGSE de 1990 patenta la impostura de la igualdad, el fin de la libertad del individuo. Lo que aquélla dejara como único despojo engulle ésta con la sonrisa de *Summerhill*; lo que ésta, perversamente tantálica, ofrece, aquélla ya había escatimado tornándolo tópico de ONG.

En esta peregrinación a ninguna parte acecha la melodía, la sentencia de la *Tabla Esmeralda*: «como lo de arriba, así lo de abajo». Y por fin comprendes el motivo de la recurrencia obsesiva. De súbito, emerge el orden engendrado décadas atrás, la teoría política, la conjetura educativa de la servidumbre. *Vides nunc per speculum et in revelatione.*

UTOPIÍA

ÉL pregunta volviendo a la palabra, al sonido quebrado de la voz. Tú, mirando, sonrías: impresiona, respondes, este silencio. Y escudriñas con indolencia el cielo abotagado por la luz irreal que exuda el agua, como un secreto efluvio. Todo aquí es secreto: esta playa secreta al abrigo secreto del desnudo acantilado, exhaustas parameras que en sus pliegues dibujan una historia primordial y secreta. Pero la luz plúmbea posee un nítido fulgor que os desvela casi secretamente la blancura tersa y mediterránea. Y esta luz, continuas, aunque esté nublado el día no podría ser más mediterránea. Él asiente y tú adviertes su placer. Ah, el Mediterráneo, qué bien nos conser-

vamos, él y yo, aquí siempre, dice al mar, al cadáver de una barca, al cielo, al secreto estío.

Cuando abandoné a Dido recorrí sin rumbo los dominios de Neptuno día y noche, durante las semanas más frías del invierno, hasta que el hambre excitó el instinto más bajo de mis hombres. Ah, el león rodeado de ratones. Contra el motín luché en largas jornadas. Solían arengarse entre ellos: ¿por qué hemos de seguirle?, matémosle y volvamos a Cartago que nos dio de comer. Yo, sin embargo, ofrecí la secreta solución que tú por fin conoces ahora: creéis que a la deriva vamos, dije, que mi ceguera guía vuestra nave, pero nos dirigimos a un lugar, mentí, que confió la hermosa Dido a mis caricias. Rieron, y esa reacción me infundió el valor suficiente: allí la caza abunda, proseguí, e inmensos árboles ofrecen dulces frutos todo el año, allí hemos de fundar nuestra nación. Qué ocurrencia tan hábil, interrumpes, y él asiente: la única defensa ante los excesos de la masa es la utopía. ¿Dónde está ese sitio del que nos hablas?, ¿cuándo llegaremos?, preguntaban las voces más ansiosas dejando en la cubierta las espadas. Muy pronto, respondía yo ahogando la risa, pero no está en mi mano tal prodigio sino en la voluntad de vuestros dioses.

SUPERBI COLLI
(EN EL MUSEO DEL PRADO)

COLINAS excelsas, y vosotras, sagradas ruinas, algo hay en vuestra serena geometría de desmoronamiento inquebrantable, no de advertencia sino de orgullosa conciencia de vosotras mismas. En su fracaso, la victoria mostráis siempre del hombre, como si prescindible fuera y nada concerniese en la historia que desveláis en esta tarde.

Fidelidad te exigen para existir las ruinas, para ser unánimes llamadas al proscenio, como piedras largo tiempo engastadas en el alma. Por eso, al contemplarlas, reconoces la virtud del pueblo que las ha creado, la inhóspita tramoya de un presente que se esfuerza en redimirse y que en la culpa siempre halló su ven-

tura y su carácter.

Ahora, cuando todo ha terminado y se advina el otoño y su luz muestra el alma de las cosas como un bálsamo dorado que prepara nuevamente para el cambio de piel y para el reencuentro, y amarillean las tardes y los hábitos imponiendo bruñidas proporciones al cuerpo y la mirada, y palidece también ese silencio a ti tan caro, detén tu paso ante estas ruinas de aquella España preterida, observa cómo el cielo deja asomar un trozo de polea, advierte que su azul se ha replegado y perezosamente el horizonte se arrebuja y descuelga el bastidor del mundo. Y aprende por fin la única lección que su existencia deja en esta tarde de cascotes esparcidos.

Sabe que vivir ha sido ver morir a cada instante.

AUTOPSIA

Esta noche, aunque todo, como siempre, está a oscuras aquí abajo, a pesar de que sigue habiendo algo en el silencio, en la soledad que buscas cada vez, a pesar de que todavía hay algo que no sabes significar, por fin sientes haber definido el camino.

Si pudieses salir fuera y observarte detenidamente cada día: lo que haces, lo que dices, lo que sueñas, qué gesto adoptas cuando la dicha o la tristeza parecen arreciar repentinamente, parapetadas tras el escudo de Astrea, ineluctables. Si pudieras diseccionarte, analizarte cuando eres alguien y no el héroe de ese universo paralelo que es la añoranza, un ser de hueso y carne, ignorante del poético juego de

la otredad, ¿acaso no verías en ti -tras la luz de tus ojos, tras el pulso desbocado o tras las palabras de amor- una hondonada de oscuridad, un atisbo de fingimiento, como esa sombra sempiterna que acecha en los sombríos pasillos de la infancia? Recurrir a ese “te conozco bien” prueba la impotencia dialéctica de la intimidad. No, ni siquiera estás seguro de que puedas llegar a conocerte. Aunque sí has elegido algunas reglas de base, una silueta de ti que sirve de asidero para el hábito.

Pero esta noche sabes que no puedes culpar de nuevo a tu personaje porque la Naturaleza provee de armas que ocultan al hombre de todo lo demás. Y sabes también que de esta sistemática negación surges cada día.

Así que, adelante. Respira hondo, enciende de una vez la luz, abre bien los ojos.

¿Lo ves? Al principio asusta un poco, pero luego, a pesar de este frío, cuando descubres que nunca ha habido porvenir en los cadáveres, que en la muerte no cabe otra doctrina, terminas dándote cuenta de que el mundo es mucho más preciso y brillante desde esta mesa de forense.

ÍNDICE

Apocalipsis	5
Jardines	8
Humaniora	10
La fuente	13
Destrucción y decadencia	15
Jornada de reflexión	17
Tal como eres	19
Avalon	21
Cambio climático	24
Cuentos	26
Literatura	28
Cabalgando sobre la tormenta	31
Grand Tour	33
La maza	35
El vértigo de la belleza	37
Sapere aude	39
Verrà la morte	42
Optimates	44
Sombra y vacío	46
Adiós, Mignon	49
La nueva poesía	51
Épica	53
Trobar Clus	55
La raza de los airados	57
Castilla	60
Huirás	63
La búsqueda	65
Cuestión de tiempo	68
Generación	71
Verdad	73
El regreso de Don Quijote	75

Arte	78
Revelación	81
Utopía	83
Superbi colli (En el Museo del Prado)	85
Autopsia	87

Acabóse esta obra
de imprimir en Pliego el día
veintidós de Septiembre de dos mil nueve,
día de San Mauricio

